

VI. DE LA VIDA EN LA CORTE

Es verdad que hay un número infinito de razones que podrían desviar cualquier persona que conoce las desdichas, y que les hubiera valido más a muchos no haber habido sino una virtud incógnita que una vida llena de estampido y de peligro. Cada uno ve que la corrupción es casi general y que el bien no se hace sin designio y el mal como por profesión.

VI-a-De la servidumbre

La servidumbre es de tal manera necesaria que parece que la libertad que reservamos sea una usurpación que se hace sobre la autoridad del soberano, que tiene por su más noble objeto la gloria de extender su imperio sobre las voluntades tanto como sobre las vidas y las fortunas de sus sujetos. ¿Pues qué hay de más indigno de la condición del sabio que someter su razón a la del otro, por ventura ciego del esplendor de su gloria y de su magnificencia?

VI-b-De fatigas

A esta enojosa condición están pegadas mil penas y mil fatigas que nacen deste ardor loco que tienen de atestiguar su afición a los Grandes y darles pruebas de una perfecta servidumbre. De manera que los tales se estiman los más desdichados de quien ahorran los sudores y de que no se turba el reposo.

VI-c-De los desasosiegos. De la ambición

Si al trabajo del cuerpo no juntásemos también el del espíritu, la mejor parte señalaría para cumplir la miseria del que se ha empeñado en esta manera de vida. La ambición que le quema y el deseo insaciable de los bienes y de las

honras que le atormenta le hacen concebir mil trazas que sobrepujan sus fuerzas.

VI-d-Del temor y de la esperanza

El cuerpo en fin vencido de flaqueza y de cansancio declina, el espíritu sólo a su daño es infatigable y, entretanto que los miembros descansan, se amohína y aflige así mesmo de mil cuidados que los deshacen. El temor lo enviste y le hace caer, la esperanza lo sostiene y lo levanta para volverlo a dar por presa a este primer temor. Y dentro desta guerra intestina se despiertan todas las demás pasiones que sustentan en los corazones un secreto infierno de que los tormentos no se pueden numerar.

VI-e-De los hechos ambiciosos

Todo en un tiempo conviene soñar a los medios de conservar lo que poseemos, de adquirir lo que nos falta, de hacer vanas las fuerzas de los que nos son contrarios, de sobrepujar el odio y la envidia, de atrasar los que van delante de nosotros, de hacer parar a los que nos siguen, y el bien y la salud de cada uno no consiste tanto, por lo que parece, a mirarse a sí mismo como a arruinar a los otros.

VI-f-Del reposo de los sabios

¿Cuánto más dulce y más sosegada es la vida de los sabios que tienen primeramente la paz consigo mesmo y la saben entretener con todo el mundo? Aquellos (dice Aristóteles) son dioses entre los hombres y, si se permite por las palabras el atrevimiento, se puede decir que Dios es un sabio eterno y que el sabio es un dios por un tiempo.

VI-g-Que un hombre de bien puede vivir en la corrupción de la Corte sin ser enjuiciado

Entretanto, a pesar de todas estas razones y todas estas dificultades, el sabio puede en medio de los vicios y de la corrupción conservar su virtud toda pura y sin mancha¹. No queda sino tener justos designios y aunque el Infierno de los condenados no este lleno sino de buenas intenciones, con todo eso el de la Corte, estando acompañado de legítimos pensamientos y muy razonables, no tendrá que no sean fáciles para sobrellevar. De todos los cegamientos del alma, no hay ninguno tan peligroso como el que no ve el blanco que le es propuesto. Y se ve ordinariamente que el verdadero conocimiento y de la sabia elección de un buen fin depende el gobierno y el suceso de las cosas que emprendemos. Y por eso la más útil ciencia de los que quieren vivir en la Corte es de entender bien cuál debe ser el más digno objeto de un tráfigo tan peligroso.

VI-h-Del fin que un hombre honrado se debe proponer

Cuando los hombres juntan sus deseos y sus voluntades a alguna cosa, hay grande apariencia que esperen arrimo y de ventaja y las cosas que desean por esta común deliberación son de ordinario las que creen ser las más nobles, las más perfectas y las más provechosas. El consentimiento que traen a obedecer a uno sólo es una señal que él los estiman ser esta manera de gobierno la más excelente de todos. Como en efecto el verdadero y legítimo poder de los soberanos no es sino un nudo de autoridad y de justicia para la conservación del bien público. Demás desto todos los que se han sometido a este poder desean acercarse y procuran de mantenerlo al peligro de sus vidas y de sus

¹ Faret se apoya en De Refuge, pero a diferencia que éste, concibe la Virtud como una constante que debe permanecer limpia de mancha en el seno de las ambigüedades de la Corte.

fortunas. Y por ello el bien del príncipe no se aparta del Estado de que es el alma y el corazón también como la cabeza. Y el bien de los particulares no es considerable en general sino en tanto que es útil a la persona del príncipe, de quien se espera todo el bien y todo el mal que se derrama en el cuerpo de la monarquía. Siendo esto cierto, y verdad que cada cosa tiende a un fin como a la cumbre de su perfección, ¿qué objeto puede haber más digno el sabio cortesano que la gloria de servir a su príncipe y amar sus intereses más que los propios suyos? Es allí el solo blanco que se debe proponer. Todos los demás son falsos y engañosos y degeneran en bajeza o en malicia. Y después de todo cualquier otro fin que se sabría escoger no será solamente incierto pero aún lleno de pesadumbres y de mil descontentos de que las ocasiones nacen a cada momento y de un golpe en esta grande confusión de personas que aspiran todas a una misma cosa, cual es el favor del amo. La vida de la naturaleza y de la justicia es fácil, segura e inocente y toda traza que se aleja de las reglas de la razón al yerro que la guía y el castigo que la sigue. Cualquiera que busca el bien contra su deber merece encontrar un mal cierto o un bien peligroso. Pero la falta no es sino al que sobrelleva la pena y no es tanto la ambición ni la naturaleza de la Corte que arrastre tras sí estas desdichas, como es un justo castigo de hacer mal la corte.

VI-i-Contra los cortesanos escasos y ambiciosos

Yo sé muy bien que los escasos y ambiciosos hallarán esta máxima rigurosa, pero ¿qué ley puede ser justa y serles agradable todo junto? Que consideren que queda solamente algún rayo de virtud y de buen sentido, que desmientan su profesión y hagan traición al deseo del príncipe que no quieren dellos otra cosa sino que amen el bien del Estado más que su propia ventaja, y que haciendo lo contrario vuelcan toda la orden de la razón, que exige que el interés de los particulares cede al del público. Que consideren aún que la justicia y la naturaleza quieren que la conservación de la naturaleza y la del corazón sea preferida a la de todas las demás partes, y que el mesmo príncipe es obligado a esta ley que ellos hallan tan dura, pues que el bien de su pueblo

le debe ser más caro que el de su persona. Desta manera cuando las honras y beneficios les serán presentados, las hallarán tanto más dulces que los que habrán buscado y adquirido por vía legítima. Y si la desdicha de verse destituidos les sucede lo sobrellevarán sin murmurar y se consolarán sabiendo que habiéndolas merecido no ha tenido sino a la Fortuna que no hayan habido la posesión.

VI-j-De la acción y de la ociosidad

Todas estas encumbradas ventajas del espíritu y del cuerpo que hasta aquí hemos representado son verdaderamente de una difícil adquisición y de un ejercicio penoso. Pero durante el curso de la vida el conocimiento de las cosas cuanto más perfecto sea no es sino un tesoro inútil si no está acompañado de la acción y de la práctica. Un hidalgo que sería dotado de todos los dones capaces de complacer y hacerse estimar se haría indigno de poseerlos si en lugar de exponerlos a esta gran luz de la Corte los fuese a esconder en su aldea, y no los mostrase sino a ingenios toscos y feroces. La sola acción hace distinción de la potencia y de la impotencia, y no se puede notar la diferencia que se halla en un gran ministro de estado y un desdichado oficial mientras que el uno y el otro duermen. El reposo de los grandes hombres es un crimen, y la ociosidad iguala el valor de los buenos capitanes y la sabiduría de los filósofos a la cobardía de los haraganes y a la locura de los ignorantes. Si la virtud fuese un bien estéril y sin fruto tendría razón de buscar las tinieblas y la solitud. Pero pues que ella se da naturalmente a engendrar en los demás ingenios una disposición semejante a la propia suya y que su más digno ejercicio es de comunicarse y derramarse, ¿qué puede sin injusticia ahogar las simientes en lugares salvajes y apartados de la compañía de los hombres? Para hacer aún esta verdad más clara de la Divinidad, ¿son los que están menos es reposo? Los Cielos como más vecinos del manantial de toda la perfección se mueven con un arrebatamiento infatigable. La tierra, al contrario, como una masa pesada y tosca y que participa menos a este vigor celeste, queda inmóvil y casi sin ninguna acción. Lo que cada cosa tiene de bueno no se discierne sino

negociando y esta blanda y cobarde ociosidad que se nota no es sino una necesidad de una naturaleza defectuosa.

VI-k-Cualquier hombre de bien esta obligado a seguir la Corte

Esto siendo así, cualquier persona de quien la condición parece convidarla cerca de los Grandes y que siente tener el alma llena de buenas intenciones ¿no será obligada de ir a henchir un lugar que por ventura sería ocupado por una mala de que los consejos serían sin duda perniciosos a todo el Estado si tuviese la comodidad de llevarlos hasta la oreja del príncipe? Es allí que un hombre honesto (que no hago distinción del hombre de bien) debe procurar de ser útil y provechoso a su patria y que haciéndose agradable a todo el mundo está obligado de no aprovechar solamente a sí mismo pero aún al público y particularmente a sus amigos, que serán todos los virtuosos.

VI-l-La entrada en la Corte

Es por la adquisición de semejantes amigos que yo deseo que los que se quieren hacer agradables hagan su entrada en la Corte. Cuando llegan recientes e incógnitos hallo que es muy necesario quedarse algún tiempo a considerar el estado de una mar tan tempestuosa antes que embarcarse en ella, para que tenga espacio de tomar sus medidas y hacer sus trazas con prudencia y dexteridad.

VI-m-De saber escoger un amigo

La más espinosa dificultad que se encuentra a esta llegada es de saber escoger un amigo fiel, juicioso y experimentado que nos enderece bien y nos haga ver un retablo de costumbres que se observan, de los poderes que reinan, de las cábalas y las partidas que están en crédito, de los hombres más

estimados, de las mujeres más honradas, de las costumbres y de los modos que se usan, y generalmente de todas las cosas que no se pueden aprender sino en los mismos lugares². Estos enseñamientos son tanto más necesarios que las faltas que se cometen al principio son como irreparables y dejan una opinión de nosotros que no se borra a menudo sino cuando estamos sobre el punto de retirarnos de la Corte y del mundo.

VI-n-De la estima cómo se debe adquirir

Pues la primera y más útil lección que se debe practicar es ganar de llegada la opinión y buena fama de los grandes y de las gentes honradas y procurar merecer las buenas gracias de las mujeres que tienen fama de dar el precio a los hombres y hacerlos pasar por tales como les viene delante, como se hallan algunas que se han ganado esta autoridad. El cimiento macizo desta opinión es la virtud y el merecimiento, pero si no es por una buena dicha muy cercana al milagro, tendrían a menudo espacio de hacerse viejos antes de hacer conocer lo que valen si no estuviesen socorridos de la estima de los que nos aman y que son estimados ellos mismos. Y por eso el ayuda deste primer amigo de quien hemos hablado nos puede procurar fácilmente la buena voluntad de muchos otros. Siendo como es la amistad un bien que se place a comunicarse entre las personas virtuosas, y que como una hacha encendida, enciende tantas cuanto quiere³. Así que en esta multitud de juicios diferentes y de ingenios embarazados de tantos y tan diversos objetos que no se trabajan mucho de examinar intrínsecamente el merecimiento de los que se presentan, se puede decir que son los otros que nos dan la estima y que no tenemos que hacer sino conservarla.

²Castiglione, 1994, II: 29-30.

³ Es de obligada consulta Jean-Marie Constant (1985: 161-89) que en su obra dedicada a la nobleza francesa de los ss. XVI-XVII hace referencias al culto y el arte de la amistad. En ella hace mención a su vez al concepto de 'clientela' y a la hospitalidad nobiliaria.

VI-ñ-El medio para ganar amigos

Pero, pues que estos amigos son un bien tan necesario al mundo, es muy a propósito saber por cuáles medios se pueden adquirir. Sin pararme a un número infinito de elogios que todos los sabios han dado a esta noble pasión por la cual nuestras voluntades y nuestros intereses se unen y sin entretenerme a tan agradables cuestiones que se negocian sobre este sujeto diré en una palabra que para hacerse digno de ser amado conviene saber amar. Esta es la cumbre y la abreviación de todos estos preceptos, y como esta ciencia no cae en las ánimas comunes no toca tampoco sino a las que son llenas de una heroica generosidad a producir efectos y formarse una idea perfecta. La extrema franqueza, la justa complacencia, la fidelidad maciza, la verdadera confianza, la facilidad a obligar y el temor de descontentar hacen señales muy evidentes. Pero el movimiento del corazón es el verdadero juez y el soberano arbitrio.

VI-o-Contra los engaños

Tarde o temprano se ve que los que engañan debajo destas apariencias, los que no tienen sino su vanidad por objeto de los buenos oficios que hacen y que ciegan a los que creen de ligero de tales ilusiones de amistad y de falsas caricias, se disfaman ellos mismos y tiran sobre ellos el odio público. Al contrario los que aman sin arbitrio son de ordinario amados de la misma manera y como es un efecto de la virtud de producirse a sí misma este tesoro de amistad se multiplica también hasta lo infinito cuando está en su puridad.